

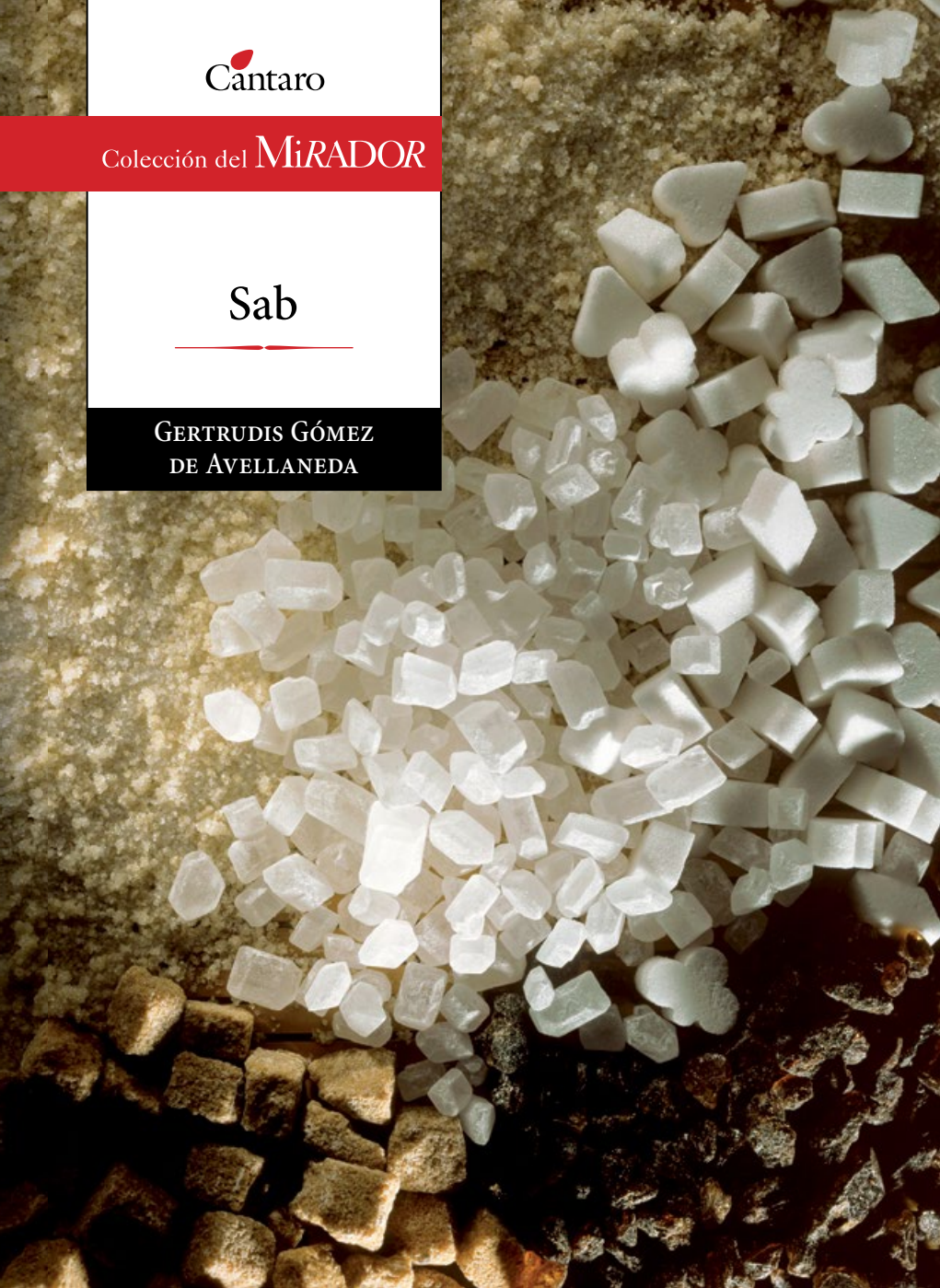
The logo for Cantaro, featuring a red leaf-like shape above the word "Cantaro" in a serif font.

Cantaro

Colección del **MIRADOR**

Sab

GERTRUDIS GÓMEZ
DE AVELLANEDA



Colección del
MIRADOR

Coordinadora del Área de Literatura: Laura Giussani

Editora de la colección: Karina Echevarría

Secciones especiales: María Soledad Silvestre

Corrector: Mariano Sanz

Jefe del Departamento de Arte y Diseño: Lucas Frontera Schällibaum

Diseño y diagramación: Paula Lizarazu

Gerente de Diseño y Producción Editorial: Carlos Rodríguez

Imagen de tapa: Latinstock

Gómez de Avellaneda, Gertrudis
Sab. - 1a ed. - San Isidro: Cántaro, 2012.
224 p.; 19 x 14 cm - (Del Mirador)

ISBN 978-950-753-301-3

1. Narrativa Cubana. 2. Novela. I. Título
CDD Cu863

© Editorial Puerto de Palos S.A., 2012

Editorial Puerto de Palos S.A. forma parte del Grupo Macmillan

Avda. Blanco Encalada 104, San Isidro, provincia de Buenos Aires, Argentina

Internet: www.puertodepalos.com.ar

Queda hecho el depósito que dispone la Ley 11.723.

Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

ISBN 978-950-753-301-3

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización y otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

Colección del **MIRADOR**

Sab

**GERTRUDIS
GÓMEZ DE AVELLANEDA**

Cántaro

Puertas
de acceso

Todo empezó en Europa

Transcurren los últimos años del siglo XVIII y algo ha cambiado en Europa. La Revolución Industrial supone una serie de modificaciones que trascienden lo económico: con la industria y la manufactura, el poder se transfiere de una aristocracia agrícola-feudal hereditaria a una clase media que irá en ascenso: la burguesía. Crecen las ciudades. Mejoran las rutas y aparece el ferrocarril. Comienzan a utilizarse nuevas fuentes de energía, como el vapor y el carbón. La división del trabajo permite generar más productos en menos tiempo y bajar notablemente los costos. Con todo esto, algunos aumentan su riqueza y mejoran su estándar de vida, a la vez que otros deben enfrentarse a deplorables condiciones de trabajo. Las mujeres y los niños sufren especialmente esta explotación: reciben la mitad del salario de un hombre.

Por otra parte, el clima esperanzador motivado por el espíritu liberal que había abrazado Europa después de la Revolución francesa, comienza a enrarecerse. Frente a “El terror” –período de extrema violencia para impedir cualquier medida contrarrevolucionaria–, muchos pierden el entusiasmo del principio. Aunque no necesariamente sus ideales: cuando, en efecto, llega la contrarrevolución y se restauran los principios monárquicos del Antiguo Régimen (por supuesto a través del absolutismo) sobreviene un sentimiento de malestar bastante generalizado.

El siglo XIX irrumpió, así, en un mundo pleno de contradicciones. Aunque la sociedad moderna se vio beneficiada en muchos aspectos (mejoras en comunicación, salud, ciencia y tecnología, entre otras) no dejaron de notarse por ello las muchas injusticias sociales que implicaba el nuevo orden de las cosas. Ya cuando, alrededor de 1830, las restauraciones, conciliaciones y estabilidades comenzaron a tambalear, el Estado burgués tuvo que revisar sus propias premisas ideológicas (libertad, igualdad y fraternidad) y repensar sus compromisos con la aristocracia agraria. La nobleza, por su parte, se opuso al capitalismo, el que también fue cuestionado por la burguesía aunque desde una posición más liberal. Todos estos cambios vertiginosos, contradictorios, difíciles de entender y de abordar por los hombres y mujeres de la época, exigieron un nuevo modo de mirar el mundo, una nueva actitud frente a la vida: el Romanticismo.

Si el siglo XVIII representaba el respeto a la norma, el Romanticismo emerge como la rebelión del individuo: es el culto del “yo” uno de los rasgos capitales de este movimiento. Se enfatizan, así, los sentimientos más extremos: un entusiasmo hiperbólico frente a la vida o, al contrario, un pesimismo morboso: melancolía, nostalgia, desesperación ponen de manifiesto el desbordamiento sentimental y la angustia metafísica que sufre el hombre romántico, para quien la vida es un problema insoluble, ya que

–arrastrado por las imágenes que él mismo ha creado en su interior– comprueba que la realidad no responde a sus ilusiones. Así, necesita evadirse; alejarse de la humanidad que no lo comprende, de la patria que lo destierra, de la mujer que no lo ama. Frente al desengaño: la huida, el sueño, el viaje hacia el pasado o el lugar idílico. Por eso también en esta época se redescubre el paisaje, especialmente desde la mirada propuesta por Rousseau,¹ para quien la naturaleza se relaciona con lo agreste, con la vida originaria y pura, no corrompida por los convencionalismos sociales. Así, la imagen del “buen salvaje” y el gusto por lo exótico comienzan a plasmarse en diferentes manifestaciones artísticas.

Y si en un principio este movimiento cultural fue arcaizante, tradicionalista y cristiano (en el afán por regresar a las raíces, a un pasado evidentemente idealizado) se fue volviendo con los años más revolucionario y liberal.

En efecto, el ansia de libertad comenzó a reflejarse en todos los ámbitos de la época: “Libertad en literatura, como en las artes, como en la industria, como en el comercio, como en la ciencia. He aquí la divisa de nuestra época, he aquí la nuestra, he aquí la medida con que mediremos”². Y no fue la libertad el único tema de trascendencia filosófica, moral o política presente en las obras románticas: cuestiones como el destino, el sentido de la vida y de la muerte, el bienestar de la humanidad, el porvenir de la patria fueron también recurrentes. Porque el siglo XIX fue también la época en que lo nacional (e incluso lo regional) se puso en primer plano. Y el interés por lo popular y lo folclórico

¹ Fue uno de los inspiradores de la generación que llevó adelante la Revolución francesa. Su obra puede resumirse en tres preceptos: la naturaleza hace al hombre bueno y la sociedad lo vuelve malo; la naturaleza hace al hombre feliz y la sociedad lo vuelve miserable; la naturaleza hace al hombre libre y la sociedad lo convierte en esclavo.

² Larra, Mariano José. “Literatura”, en *El Español*, 18 de enero de 1836.

derivó en una tendencia artística que buscó reflejar los usos y costumbres de la sociedad: el costumbrismo.

El Romanticismo, así, significó también una revolución. Y aunque nunca dejó de ser esencialmente artístico, no se desligó de la política: a través de las artes se instigó a la acción, se influyó en el ánimo de los oprimidos y se fomentó la conciencia patriótica. Esta revolución intelectual, como las otras, no tardó en propagarse con mayor o menor rapidez y algunas variaciones regionales: primero, por la tierra continental; y después, más allá del océano.

El Romanticismo en Hispanoamérica

A principios del siglo XIX, las principales capitales coloniales del imperio español comenzaron a luchar por su independencia. La invasión napoleónica a la Península Ibérica y la consiguiente huida de Fernando VII, sin duda habían preparado el terreno para esta circunstancia. Los españoles fieles al rey, temerosos de que Francia se quedara con las colonias de América, estaban en un principio interesados en que se crearan juntas de gobierno; y las apoyaron. Pero no esperaban que los criollos ilustrados se negaran a aceptar esta medida como transitoria, y mucho menos se imaginaban que en lugar de intentar resguardar los intereses de la corona pretenderían independizarse definitivamente del dominio español. Unos y otros tenían diferentes perspectivas respecto a cómo debía ser el carácter, las atribuciones y objetivos de estas juntas gubernamentales, y muy pronto peninsulares realistas y criollos quedaron enemistados.

En este contexto, la literatura se puso al servicio de los intereses políticos y se relegaron las cuestiones estéticas. Los hombres de letras que llevaron adelante el proceso emancipador y revolucionario encontraron en ella el instrumento adecuado para difundir sus ideas y potenciar el pensamiento crítico de los

ciudadanos, quienes debían prepararse para el ejercicio de una libertad hasta entonces negada. Y esto, al menos en los primeros años del siglo, no fue privativo de un país en particular: las distintas naciones americanas luchaban por lo mismo, y en ese sentido los escritores se sentían americanos, antes que meramente chilenos, argentinos, mexicanos, etc.³

En 1830 la mayoría de las antiguas colonias españolas (salvo Cuba y Puerto Rico) habían concluido el proceso emancipador, lo que no significaba que hubieran terminado las dificultades. Una vez ganada la independencia, no fue fácil conseguir la organización nacional en ninguno de los países emancipados. En los primeros veinte años de autonomía política las naciones debieron enfrentar una sucesión de guerras civiles, de luchas caudillistas en el marco político de la anarquía y el desgobierno. Hacia mediados de siglo se empezaron a estabilizar las sociedades bajo un control oligárquico. Fue un período de aparente progreso, y si antes las relaciones con los Estados europeos se explicaban por la dependencia colonial, ahora eran producto de un desarrollo económico favorable. Por otra parte, entre la clase alta propietaria de grandes extensiones de tierras y un campesinado empobrecido, comenzó a desarrollarse una clase media. Así, una burguesía consumidora se fue asentando en las ciudades y de esta forma comenzó a configurarse un nuevo público lector para el escritor hispanoamericano. Se multiplicaron los periódicos y aparecieron nuevos géneros como el folletín —con sus personajes maniqueos, su trama hiperbólica y melodramática— y el

³ En 1846, Juan María Gutiérrez publicó en Valparaíso *América poética*, una recopilación de poesías hispanoamericanas. Y si bien se indicaba la ciudad de procedencia de cada autor, en ningún caso se señalaba un gentilicio nacional. Por otra parte, la obra incluyó poetas de Cuba y Puerto Rico, aunque estos países todavía no se habían independizado de la corona española.

cuadro de costumbres. Y también numerosos libros (incluso hispanoamericanos) que en muchos casos llevaban sellos de imprentas europeas.

El Romanticismo había llegado a América, aunque con notables diferencias respecto al movimiento cultural europeo. En primer lugar, porque la mayoría de los hombres de letras en América estaban vinculados a la vida pública y política, y en segundo lugar porque no había una tradición contra la cual enfrentarse. Así, la literatura romántica de Hispanoamérica “fue más inaugural que ruptural, y tuvo un fuerte acento de identificación nacional y un marcado interés por los valores propios”⁴. Los autores románticos hispanoamericanos no se levantaron contra el clasicismo sino contra España, que para ellos simbolizaba el despotismo.

Más allá de todo esto, para la mayoría de los escritores de la época la civilización europea (especialmente Francia e Inglaterra) se configuró como un modelo por seguir. Y en este sentido (a pesar de las proclamas nacionalistas y la búsqueda de un lenguaje americano, propio, singular y diferente al español) en un plano profundo se negó, probablemente de modo inconsciente, la realidad de América Latina. En efecto, el hombre romántico de estas tierras enfrentó su realidad con ideas esencialmente ajenas: la ilustración, el eclecticismo, el liberalismo. Su América debía construirse a imagen y semejanza del mundo occidental. Los estamentos sociales, los grupos privilegiados, las formas despóticas de poder que se mantuvieron en América una vez ganada la independencia, pueden dar cuenta de esto. También el conservadurismo en la producción artística. En el terreno de las letras, por ejemplo,

⁴ Osorio Tejada, Nelson. “Las letras hispanoamericanas en el siglo XIX”, en *Cuadernos de América sin nombre*, N.º 1, Murcia, Universidad de Alicante, 2000, pp. 41-42.

ámbito tradicionalmente reservado a los hombres, no había lugar para la mujer. Y aun cuando alguna “díscola” osaba incursionar en la escritura, solía tomarse su producción como un ejercicio inocente, despojado de cualquier intención ideológica. Porque ser escritora en aquella época, decididamente, era un desacato a los modelos sociales imperantes.

El rol de la mujer en el siglo XIX

En la sociedad patriarcal y conservadora de la época, la mujer debía ser guardiana del hogar; nada más. Débil y sumisa (sometida su voluntad a la de su marido, su padre o sus hermanos varones), debía actuar de acuerdo a los estrictos patrones de comportamiento imperantes y moverse casi exclusivamente en el ámbito privado. Situación que no cambió ni siquiera a mediados de siglo, cuando en Hispanoamérica aparentemente comenzaba a revalorizarse la educación femenina. Con la fundación de escuelas normales para niñas, la publicación de revistas específicas para mujeres, la organización de reuniones y clubes literarios en los que ellas participaban activamente, el rol de la mujer, en un plano profundo, no cambió demasiado. Lo que se fomentaba con todo esto era un estereotipo hogareño de la mujer, a quien, en todo caso, se la preparaba para que pudiera afrontar con mayor responsabilidad su papel de hija, madre o esposa. De este modo, la mujer moderna, anticolonialista⁵ y burguesa podía apoyar a su marido en la vida “civilizada” y educar a sus hijos como ciudadanos libres y progresistas. Y a esto se reducía la educación de la mujer.

⁵ Ni siquiera se llegaba a tanto en la sociedad cubana, por entonces todavía colonia de la corona española.

Colección del **MIRADOR**

Sab

**GERTRUDIS
GÓMEZ DE AVELLANEDA**

Dos palabras al lector

Por distraerse de momentos de ocio y melancolía han sido escritas estas páginas. La autora no tenía entonces la intención de someterlas al terrible tribunal del público.

Tres años ha dormido esta novelita casi olvidada en el fondo de su papelera; leída por algunas personas inteligentes que la han juzgado con benevolencia y habiéndose interesado muchos amigos de la autora en poseer un ejemplar de ella, se determina a imprimirla, creyéndose dispensada de hacer una manifestación del pensamiento, plan y desempeño de la obra, al declarar que la publica sin ningún género de pretensiones.

Acaso si esta novelita se escribiese en el día, la autora, cuyas ideas han sido modificadas, haría en ella algunas variaciones, pero sea por pereza, sea por la repugnancia que sentimos en alterar lo que hemos escrito con una verdadera convicción (aun cuando esta llegue a vacilar), la autora no ha hecho ninguna mudanza en

sus borradores primitivos, y espera que si las personas sensatas encuentran algunos errores esparcidos en estas páginas, no olvidarán que han sido dictadas por los sentimientos algunas veces exagerados pero siempre generosos de la primera juventud.

Primera Parte

Capítulo I

*¿Quién eres? ¿Cuál es tu patria?
Las influencias tiranas
de mi estrella, me formaron
monstruo de especies tan raras,
que gozo de heroica estirpe
allá en las dotes del alma
siendo el desprecio del mundo.
CAÑIZARES*

Veinte años hace, poco más o menos, que al declinar una tarde del mes de junio un joven de hermosa presencia atravesaba a caballo los campos pintorescos que riega el Tíñima,¹ y dirigía a paso corto su brioso alazán por la senda conocida en el país con el nombre de camino de Cubitas, por conducir a las aldeas de este nombre, llamadas también tierras rojas. Hallábase el joven de quien hablamos a distancia de cuatro leguas de Cubitas, de donde al parecer venía, y a tres de la ciudad de Puerto Príncipe², capital de la provincia central de la isla de Cuba en aquella época, como al presente, pero que hacía entonces muy pocos años había dejado su humilde dictado de villa.

Fuese efecto de poco conocimiento del camino que seguía, fuese por complacencia de contemplar detenidamente los paisajes que se ofrecían a su vista, el viajero acortaba cada vez más el paso

¹ *Tíñima*: nombre del río, cuya naciente se encuentra al norte de Puerto Príncipe, que delimita la ciudad.

² *Puerto Príncipe*: actualmente, región de Camagüey.

de su caballo y le paraba a trechos como para examinar los sitios por donde pasaba. A la verdad, era harto probable que sus repetidas detenciones solo tuvieran por objeto admirar más a su sabor los campos fertilísimos de aquel país privilegiado, y que debían tener mayor atractivo para él si como lo indicaban su tez blanca y sonrosada, sus ojos azules y su cabello de oro, había venido al mundo en una región del Norte.

El sol terrible de la zona tórrida se acercaba a su ocaso entre ondeantes nubes de púrpura y de plata, y sus últimos rayos, ya tibios y pálidos, vestían de un colorido melancólico los campos vírgenes de aquella joven naturaleza, cuya vigorosa y lozana vegetación parecía acoger con regocijo la brisa apacible de la tarde, que comenzaba a agitar las copas frondosas de los árboles agostados por el calor del día. Bandadas de golondrinas se cruzaban en todas direcciones buscando su albergue nocturno, y el verde papagayo con sus franjas de oro y de grana, el cao³ de un negro nítido y brillante, el carpintero real de férrea lengua y matizado plumaje, la alegre guacamaya⁴, el ligero tomeguín⁵, la tornasolada mariposa⁶ y otra infinidad de aves indígenas, posaban en las ramas del tamarindo⁷ y del mango⁸ aromático, rizando sus variadas plumas como para recoger en ellas el sople consolador del aura.

El viajero, después de haber atravesado sabanas inmensas donde la vista se pierde en los dos horizontes que forman el cielo

³ *Cao*: ave de plumaje negro y pico curvo.

⁴ *Guacamaya*: ave de cola larga y plumaje colorido.

⁵ *Tomeguín*: ave propia de la región cubana, de colores llamativos y canto muy agradable.

⁶ *Mariposa*: se refiere al ave colorida, de la misma familia que los cardenales, y no al insecto.

⁷ *Tamarindo*: árbol de tronco grueso y abundante copa que puede alcanzar los 25 metros de altura.

⁸ *Mango*: árbol originario de la India, cuyo fruto es amarillo y aromático.

y la tierra, y prados coronados de palmas y gigantescas ceibas⁹, tocaba por fin en un cercado, anuncio de propiedad. En efecto, divisábase a lo lejos la fachada blanca de una casa de campo, y al momento el joven dirigió su caballo hacia ella; pero lo detuvo repentinamente y apostándole a la vereda del camino pareció dispuesto a esperar a un paisano del campo que se adelantaba a pie hacia aquel sitio, con mesurado paso, y cantando una canción del país cuya última estrofa pudo entender perfectamente el viajero:

*Una morena me mata
tened de mí compasión,
pues no la tiene la ingrata
que adora mi corazón.*

El campesino estaba ya a tres pasos del extranjero y viéndole en actitud de aguardarle detúvose frente a él y ambos se miraron un momento antes de hablar. Acaso la notable hermosura del extranjero causó cierta suspensión al campesino, el cual por su parte atrajo indudablemente las miradas de aquel.

Era el recién llegado un joven de alta estatura y regulares proporciones, pero de una fisonomía particular. No parecía un criollo blanco, tampoco era negro ni podía creérsele descendiente de los primeros habitantes de las Antillas. Su rostro presentaba un compuesto singular en que se descubría el cruzamiento de dos razas diversas, y en que se amalgamaban¹⁰, por decirlo así, los rasgos de la casta africana con los de la europea, sin ser no obstante un mulato perfecto.

⁹ *Ceiba*: árbol de tronco grueso y ramas rojizas.

¹⁰ *Amalgamar*: combinar elementos de naturaleza distinta. (En química, se llama *amalgama* a la aleación del mercurio con otro u otros materiales).

Era su color de un blanco amarillento con cierto fondo oscuro; su ancha frente se veía medio cubierta con mechones desiguales de un pelo negro y lustroso como las alas del cuervo; su nariz era aguileña pero sus labios gruesos y amoratados denotaban su procedencia africana. Tenía la barba un poco prominente y triangular, los ojos negros, grandes, rasgados, bajo cejas horizontales, brillando en ellos el fuego de la primera juventud, no obstante que surcaban su rostro algunas ligeras arrugas. El conjunto de estos rasgos formaba una fisonomía característica; una de aquellas fisonomías que fijan las miradas a primera vista y que jamás se olvidan cuando se han visto una vez.

El traje de este hombre no se separaba en nada del que usan generalmente los labriegos en toda la provincia de Puerto Príncipe, que se reduce a un pantalón de cotín¹¹ de anchas rayas azules, y una camisa de hilo, también listada, ceñida a la cintura por una correa de la que pende un ancho machete, y cubierta la cabeza con un sombrero de Yarey¹² bastante alicaído: traje demasiado ligero pero cómodo y casi necesario en un clima abrasador.

El extranjero rompió el silencio y hablando en castellano con una pureza y facilidad que parecían desmentir su fisonomía septentrional, dijo al labriego:

—Buen amigo, tendrá Vd. la bondad de decirme si la casa que desde aquí se divisa es la del Ingenio¹³ de Bellavista, perteneciente a don Carlos de B...

El campesino hizo una reverencia y contestó:

¹¹ *Cotín* (también llamado *cutí*): tela de lienzo generalmente rayado que hoy en día se utiliza para las cubiertas de colchones.

¹² El *yarey* es un arbusto mediano, de la familia de los guanos, de cuyas hojas largas y lustrosas se hacen en el país tejidos bastante finos para sombreros, cestos, etc. (Nota de la autora).

¹³ *Ingenio* es el nombre que se da a la máquina que sirve para demoler la caña, mas también se designa comúnmente con este nombre las mismas fincas en que existen dichas máquinas. (Nota de la autora).

Índice

Puertas de acceso	5
Todo empezó en Europa	7
El Romanticismo en Hispanoamérica	10
El rol de la mujer en el siglo XIX	13
La autora y su obra	14
La sociedad esclavista en Cuba	18
La obra: <i>Sab</i>	23
Primera parte	27
Segunda parte	139
Bibliografía	220